

Juan Benet: El Numa, mito de Región

Antonio Martínez Sarrión

EL POETA ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN, GRAN LECTOR Y AMIGO DE JUAN BENET, NOS APORTA ALGUNAS CLAVES PARA PENETRAR EN SU INMARCESIBLE MUNDO.

En un momento del arte español de escribir ficciones en prosa, uno de sus jóvenes cultivadores desenfundó con parsimonia un metafórico envoltorio de patas y piquetas e inició la demolición de todos los códigos hasta entonces transitados y respetados o tenidos en cuenta. A esta acción práctica, seguiría un memorandum razonado de motivos y fines, es decir, una teoría. El primer avance se ensayó en 1961, llevándose a la cima, con todas sus potencias y recursos desplegados, entre el 62 y el 64, por medio de un segundo artefacto. En el 65, apareció todo el plan, explicitado de sobra. Programa y propósito tales, se fueron cumpliendo de forma implacable y siempre al más alto nivel de excelencia, entre esa fecha y 1991. En 1993, moría el ejecutor, pero el cambio de agujas, tras el nuevo tendido de la línea, ya no conoció la vuelta atrás. De esa herencia vivimos.

El ensayo general halló cobijo en un libro de relatos *Nunca llegarás a nada*, el dispositivo completo estaba listo cuando, en 1964, se acabó de escribir *Volverás a Región*, aunque esta novela no apareciera hasta 1967. El plan de operaciones, la razón de ser de la demolición y sus contrapropuestas, se contenían en *La inspiración y el estilo*, ensayo de 1965.

Juan Benet acometió, en primer lugar, lo inexcusable, lo que hace todo demiurgo que se respete: crear un territorio. Nada nuevo. Había precedentes muy ilustres, en idioma castellano:

desde la Comala de Juan Rulfo, hasta el Macondo de García Márquez, pasando por la Santa María de Juan Carlos Onetti. Sin embargo, el precedente más alto, del que todos los anteriores y, desde luego, Benet bebieron, tenía un nombre cimero: el del novelista norteamericano William Faulkner. Pero también inventaron universos inolvidables y sin referencia a realidad geográfica reconocible, escritores como Ernst Jünger, Julien Gracq, Dino Buzzati, Italo Calvino y, entre los narradores españoles, Rafael Sánchez Ferlosio, íntimo y admirado amigo del ingeniero madrileño. De todos los universos autónomos mencionados, la admiración de Benet se decantó en favor de Faulkner y, en seguida, en Rulfo, por lo que hace al idioma castellano.

La demiurgia benetiana fue ideada, como ya he apuntado, para sus fines iconoclastas y regeneradores de la ficción en prosa española (de la que apenas absolvía a Cervantes, Clarín y Baroja), y de su vicio mayor, el cual cifraba, metafóricamente, en la «bajada a la taberna» y consiguiente instalación y complacencia en una lengua floja y sin brío. Para la sustitución de lenguaje e imaginario, concibió y levantó una arquitectura, que se fue desarrollando en círculos concéntricos o, mejor aún, en espiral, y cuyo núcleo quedó situado en el centro o corazón de un espacio. Su territorio inventado, Región, en que se han querido encontrar características del norte de León y el sur de Asturias, enmarca un bosque tupido e infranqueable, al que su creador llamó Mantua. Este lugar, imantado sobre cualquier otro de la compleja invención benetiana, aparece custodiado por un guardián de perfiles muy ricos, es decir, muy insertos en la simbología y el mito, al que bautizó como Numa, en recuerdo de uno de los primeros y un poco nebulosos reyes de la primitiva Roma, a los que alude un texto muy transitado y utilizado como fuente por el novelista, el clásico de la antropología británica de finales del XIX, *La rama dorada* de Sir James George Frazer.

La ubicación del bosque de Mantua, en el centro de Región, no podemos saber cuándo se produjo. Tenemos constancia cartográfica, en el mapa que el propio Benet confeccionó de sus dominios, con una pericia que en nada se separaba de los mejores de detalle, militares o civiles. Tal mapa aparecía encartado y suelto, en la novela *Herrumbrosas lanzas. Libros I a VI* apareci-

da en 1983. A lo largo de ese gran proyecto inacabado, aparecerían en los libros de la serie, otros planos de mayor detalle aún e incluso gráficos de acciones bélicas. En el momento de ver la luz la narración *Una leyenda: Numa* (1978), la cual va a centrar esta charla, quiero suponer que la centralidad de Mantua era ya indubitable. A tal centralidad y a tan fabuloso bosque, no extrañó que correspondiese un habitante de excepción, el único, por cierto, que parece poblarlo, vigilarlo y recorrerlo. Y ello desde un tiempo que, como casi todo lo a él referido, parece oculto en las brumas de la más legendaria y borrosa de las indeterminaciones.

Si nos paramos en esa especie de subgénero en la ficción en prosa, que se asienta en lugares inventados, de mayor o menos correspondencia con una topología y una historia, enseguida podrá entenderse que, para los fines estratégicos de la poética de Benet, constituían el instrumento idóneo. Y ello porque le permitían saltar limpiamente por encima de sus dos abominaciones: por un lado ese ya aludido costumbrismo o naturalismo ramplón y previsible, por rny políticamente justificado que se pensara en la España de la posguerra, y, por otro, el vanguardismo de superficie que, para las letras europeas, supuso la irradiante obra de Joyce, a partir de *Ulysses*. Obra que, para Benet, tras volatines formales muy jaleados, no acertaba a esconder bien, lo que en realidad también era puro costumbrismo, pura «taberna». Existía un tercer modo, al que Benet podría haber recurrido, manera que sí sorteaba los dos descartados costumbrismos. Coincidió con las últimas y elaboradas cotas, que, en el muy complejo análisis psicológico en profundidad de personajes y comportamiento, habían llevado a cabo, básicamente, Marcel Proust y Henry James. Supongo que Benet pensó que dichas cotas eran irrebasables, incluso con una modulación personal, que la alejara del seguidismo. Por otro lado, esos dos escritores, sí gozaban desde la adolescencia y sin reserva alguna, de su absoluta devoción lectora. De modo que el tratamiento mitológico, simbólico y poético en prosa, que no desdeñaría excursos muy reiterados por la pura y dura especulación intelectual, aparcando la acción sin jamás excusarse por ello, a Juan Benet le pareció mecanismo apropiado y eficaz para emprender y dar cima a su ambicioso proyecto, de aireamiento y destitución.

Tales fines, estructurales y de punto de vista, serían servidos a través de un estilo muy singular. Una escritura que, para siempre, estaría conectada y participaría de la elocuencia más meditada, ese tono que Benet calificaba de «estilo noble» o *grand style*, cuyas fuentes y modelos, para él eran más antiguas en el tiempo que la visión del mundo que deseaba transmitir. Esos cánones elocutivos eran autores tan frecuentados al menos por el novelista como los modernos de finales del XIX y todo el XX. A mí me parece que no correspondían a la matriz castellana, sino a autores latinos como Tácito y Amiano Marcelino y más tardíos como Bossuet, Gibbon, Carlyle, Mommsen o Euclides da Cunha, pero que, fatalmente o al menos a mí, como lector, no pueden menos que sonarme, idioma materno y tradición propia mandan, a las mejores páginas de un Fray Luis de Granada o un Baltasar Gracián, autores a los que, al contrario de los muy queridos de nuestros siglos áureos como Mateo Alemán o el seco y eficaz Bernal Díaz del Castillo, raramente o nunca aludió Benet en sus libros, en entrevistas fiables o en chartas con los amigos.

Pues bien, sentado que el teñido de tales elocuencias foráneas y propias, ha sido el elemento barroco que lleva la batuta en la retórica benetiana, el tránsito por su literatura, en el futuro, quizá varíe poco de lo que, cuantitativamente, y si exceptuamos acaso su novela policíaca *El aire de un crimen*, varió en vida de su autor. Y es que, este arte de la ficción en prosa, siempre supondrá una estrecha senda de alta montaña, para gentes tan exigentes, al menos, como Benet lo fue en sus lecturas, es decir, para pocos, y ello evolucionen como lo hagan en el futuro la novela, el relato y los gustos novelescos. Hay un elemento en la cochura estética de Benet, que rebaja aspereza a la innegable impronta oratoria, y por lo tanto fatalmente arcaizante de buena parte de su escritura y supuso para él y nosotros sus lectores, un alivio o un punto de fuga. Porque los grandes elocuentes a los que admiraba y en alguna medida continuó, carecieron, sin embargo, de un elemento, este sí, absolutamente contemporáneo. En aquellos no habían dejado huellas, porque no existían, las concepciones modernas del espacio y el tiempo, de Einstein y Planck, a Heisenberg o Prygoguin, las cuales matizaron o disolvieron argamasa fideísta, introduciendo relativismos maravillo-